

9. LA VIDA DE JESÚS Y LOS PRIMEROS AÑOS DE LA IGLESIA (EVANGELIOS Y HECHOS)

9.1 Introducción general al mesianismo

El Nuevo Testamento gira en relación a Jesús, como el Mesías (el Cristo), y se le presenta como el cumplimiento de las Escrituras hebreas. Es de esa manera que Cristo se constituye en el personaje que une el Antiguo y Nuevo Testamento. Pero, ¿cómo surgió la idea mesiánica? Esta sección está basada en ideas de José Luis Sicre Díaz, en su libro “De David al Mesías”:

¿Qué se entiende por “Mesías”?

Este punto, que un cristiano puede considerar muy sencillo de responder, es de los más difíciles. Incluso en los escritos del Nuevo Testamento se advierten enfoques muy distintos de Jesús como Mesías. De los personajes que en él aparecen, unos piensan que el Mesías es un rey descendiente de David. Otros lo consideran un ser excepcional, el salvador de los últimos tiempos. Unos lo imaginan triunfando sobre los enemigos; otros insisten en que debía padecer y morir. Unos lo ven enraizado simplemente en nuestra historia; otros subrayan su preexistencia.

Estas oscilaciones continúan en los estudios actuales. Flusser, judío, lo define así: “Un descendiente de David, con dones carismáticos, que los judíos de la época romana creían que Dios suscitaría para romper el yugo de los paganos y reinar sobre el reino restaurado de Israel, al que volverían todos los judíos del exilio”. Mowinckel, cristiano protestante, lo ve de este modo: “En el judaísmo tardío, el término 'Mesías' denota una figura escatológica. Pertenece al 'tiempo postrero'; su advenimiento está en el futuro”. Alguno pensará que no hay grandes diferencias entre ambos puntos de vista. Las hay, y enormes. Para Flusser, el Mesías es un personaje meramente político, que cumple la función que Dios le encomienda, sin insistir el autor en que se trate de una victoria temporal o definitiva. Para Mowinckel, con el Mesías comienzan los últimos tiempos, entramos en la etapa definitiva, pero no dice nada -en este contexto- de la misión que realizará. Un autor católico, Caquot, une lo político con lo escatológico: “Entiendo por mesianismo la espera de un rey futuro cuya venida significará el fin feliz y más o menos milagroso de una crisis insoluble desde el punto de vista humano”.

Teniendo en cuenta los textos de la literatura apócrifa, Qumrán, Nuevo Testamento, se llega a la conclusión de que en Israel no existió un concepto único de Mesías. Sin embargo, el Mesías aparece en la mayoría de los casos como un rey, generalmente de ascendencia davídica, con influjo en la esfera política y religiosa (indisolublemente unidas).

Sería útil distinguir entre «mesías» (con minúsculas), cuando se habla de un monarca cualquiera de Israel, y MESÍAS (con mayúsculas), entendido como el salvador definitivo.

¿Cuándo comienza la esperanza mesiánica?

No es extraño encontrar autores del siglo pasado, y algunos del XX, que ven las primeras referencias al Mesías en Gen 3,15, la promesa hecha a la mujer de un descendiente que pisará la cabeza de la serpiente. Con ello, remontan a los orígenes de la humanidad la esperanza de un Mesías salvador. El estudio crítico de la Biblia hizo cambiar de postura. Unos piensan que la esperanza mesiánica comienza con la monarquía (s. X a.C.), otros sitúan sus comienzos en los profetas del siglo VIII. Actualmente se pone mucho énfasis en la época romana; según estos autores, hasta pocos años antes de Jesús no se habla en Israel del “Mesías”.

¿Qué valor tiene el AT para el Mesianismo?

De acuerdo con lo anterior, mientras algunos conceden gran importancia al Antiguo Testamento para elaborar la doctrina mesiánica, otros afirman que no habla de este personaje. El problema radica en decidir qué textos podemos interpretar como «mesiánicos». Conviene tener en cuenta dos detalles: a) Un texto podría ser mesiánico aunque no use el término Mesías ni el verbo «ungir»; b) el hecho de que un texto hable del rey con rasgos excepcionales, casi divinos, no significa que el autor esté pensando en el salvador definitivo.

Teniendo en cuenta el uso del NT (válido sólo para los cristianos), pienso que podemos distinguir tres tipos de textos dentro del AT:

1. Textos mesiánicos en sentido estricto, que hablan del MESÍAS. En mi opinión, sólo podemos clasificar en este apartado Zac 9,9-10 y la relectura de Is 7 en los LXX.

2. Textos premesiánicos A. El autor piensa en un rey de su tiempo o en un rey futuro, sin considerarlo el salvador definitivo; más tarde, estos textos fueron aplicados al MESÍAS.

3. Textos premesiánicos B. No hablan de un monarca, pero fueron utilizados más tarde para describir el reino mesiánico: Jr 31,31-34; Ez 36.

En la conclusión del libro José Luis Sicre Díaz resume toda su exposición y reconstruye el proceso histórico que culminó en la esperanza mesiánica estricta.

1° etapa: los orígenes de la monarquía y David:

Sin la existencia de la monarquía no habría surgido en Israel ese aspecto esencial del mesianismo que es la esperanza de un rey futuro. La idea de fondo es que el poder monárquico, la figura del rey, aporta al pueblo una serie de ventajas y le dan poderío y esplendor. Esta idea es independiente de David y de la promesa davídica.

Así se comprende la importancia que adquirieron en la exégesis mesiánica dos textos que no están relacionados con David, sino simplemente con la realeza: la bendición de Judá (Gn 49,10) y uno de los oráculos de Balaán (Nm 24,17). Para no distraer al lector, no los traté anteriormente. Pero conviene mencionarlos en este momento.

El primero afirma:

«No se apartará de Judá el cetro
ni el bastón de mando de entre sus rodillas,
hasta que le traigan tributo
y le rindan homenaje los pueblos» (Gn 49,10).

Sin nombrar a David, se afirma el poder regio de Judá. Este texto, un tanto misterioso en hebreo, se prestaba a muchas cábalas. Las palabras que hemos traducido «hasta que le traigan tributo» fueron interpretadas a menudo: «hasta que venga Siloh». Y este Siloh se concibió como una referencia a David, en cuanto tipo del Mesías. De la importancia que adquirió este tema da testimonio el libro de A. Posnanski, Schiloh. Ein Beitrag zur Geschichte der Messiaslehre. Un total de 620 páginas dedicadas a la interpretación de Gn 49,10 hasta finales de la Edad Media. Como veremos, un texto que habla de la realeza de Judá sin mencionar a David podía ser utilizado por monarcas o pretendientes al trono no davídicas, como los Macabeos y otros personajes posteriores.

El último de los oráculos de Balaán afirma algo parecido, pero refiriéndose a Israel:

«Avanza la constelación de Jacob
y sube el cetro de Israel.
Triturará la frente de Moab
y el cráneo de los hijos de Set;

se adueñará de Edom,
se apoderará de Seir,
Israel ejercerá el poder,
Jacob dominará y acabará
con los que queden en la capital».

En este caso, no se habla de David ni de Judá. Podría pensarse que el texto nunca adquiriría connotaciones mesiánicas. Pero sí fue interpretado de este modo en Qumrán. El cetro pasa de Israel a David, y el texto adquiere un sentido nuevo. A pesar de lo anterior, sin la figura de David y la promesa divina de una descendencia eterna la esperanza mesiánica no habría adquirido en Israel la importancia que tuvo. La mayoría de los textos hacen referencia directa o indirecta a un descendiente de David, a un nuevo David, a un retoño de David. Se puede decir, sin miedo a exagerar, que 2 Sm 7 es el texto básico de esta mentalidad. Sin embargo, la figura de David se presta a diversas posturas, desde la defensa apasionada hasta la crítica. Este aspecto justificará las diversas actitudes que encontramos en siglos posteriores ante él y la promesa.

2° etapa: la monarquía judía

En Judá, la dinastía davídica se asienta con firmeza. La figura del rey es presentada con rasgos comunes a los de otros monarcas del antiguo Oriente, exaltando sus cualidades y su poder. En los Salmos, el rey aparece como hijo de Dios, sacerdote eterno, dominador universal, bienhechor del pueblo, administrador recto de la justicia.

Mucho más crítica es la postura de historiadores y profetas, que hablan de los numerosos fallos de los monarcas, aunque no ignoran las virtudes de algunos de ellos. Dentro de estos siglos (931-586) podemos sugerir dos momentos de especial importancia para la reflexión posterior. El primero, el reinado de Ezequías, a finales del siglo VIII a.C. Bastantes autores piensan que fue entonces cuando se redactó el núcleo primitivo del actual libro de los Reyes. En él, la figura de David adquiere enorme importancia. No por sus hazañas militares, sino por su fidelidad a Dios. De este modo, en los momentos de peligro por los que atraviesa el Reino Sur, éste se ve salvado en consideración a David. Dios mantiene la promesa que le hizo, a pesar de los errores y pecados de sus descendientes.

El segundo momento relevante es un siglo más tarde, durante el reinado de Josías. Parece que este rey, aprovechando la decadencia de Asiría, intenta restaurar el antiguo imperio davídico; al menos, reunificar las tribus del norte y del sur. Esto provoca un clima de exaltación, que ha dejado sus huellas en el importante oráculo de Is 8,23b-9,6 y en textos de Oseas y Jeremías. El trono de David garantiza el fin de la opresión y de la guerra, la paz y la justicia, la armonía entre los hermanos separados.

Sin embargo, durante los siglos VIII y VII comenzamos a escuchar voces muy críticas con respecto a la promesa davídica. Son las de Isaías y Jeremías. El primero condiciona la subsistencia de la dinastía a la fe, que se concreta en una actitud de vigilancia y calma, de confianza en Dios. Un siglo después, Jeremías condicionará la subsistencia a la práctica de la justicia; algunos de sus textos incluso sugieren que no habrá más descendientes de David que se sienten en el trono. Basándose en estas ideas, autores posteriores podrán pensar que la promesa a David fue temporal, condicionada, y que quedó anulada por los pecados de los reyes.

En estos siglos, «mesías» es un simple título del monarca, que expresa su designación para el cargo y su estrecha relación con Dios. Carece de sentido hablar de esperanza mesiánica en esta época porque no hay nada que esperar. Los judíos tienen rey, la promesa hecha a David se está cumpliendo. Lo que sí cabe esperar es que el rey gobierne bien a su pueblo.

3° etapa: el destierro (586-538)

La deportación de Jeconías a Babilonia en el año 598 a.C. supone un primer toque de atención para quienes creen en la promesa davídica de manera incondicionada. La deportación de Sedecías (586) parece hundir toda esperanza. En esta época del exilio es fácil constatar posturas muy distintas ante los reyes y la promesa davídica. Una actitud frecuente es la de condenar a los últimos monarcas por su política funesta. Fueron malos pastores, que se despreocuparon del rebaño y provocaron su dispersión. Así lo advertimos en textos de Ezequiel y Jeremías.

Otros textos, como el Salmo 89, se plantean el problema teológicamente. Olvidando las amenazas de Isaías y Jeremías, se aferra a la literalidad de la promesa y se pregunta angustiado cómo puede permitir Dios esta humillación de su ungido.

Sin embargo, lo más frecuente, al menos en los libros proféticos, es la esperanza de restauración de la dinastía. Para evitar equívocos, dejando claro que no se espera un rey cualquiera, se habla ahora de un nuevo «David». Las fórmulas para expresarlo serán distintas: Is 11,1-9 habla de un «retoño del vástago de Jesé»; Miq 5,1-3 dice que viene de Belén; Ez 34 y 37 hablan de «mi siervo David»; Os 3,5 lo llama «David, su rey». No hay que interpretar esto, como hicieron algunos autores, en el sentido de una vuelta o resurrección de David. Los textos no se mueven a nivel mítico. Sólo desean expresar las cualidades de buen pastor que tendrá el rey futuro, igual que las tuvo David. Algunos de estos textos, especialmente Is 11,1-9, hablan del rey en tono grandioso.

Pero la época del destierro también es testigo de otra mentalidad: la que transfiere al pueblo la antigua promesa hecha a David. La encontramos en Deuteroisaiás (Is 55,3), y pienso que tuvo enorme influjo en generaciones posteriores. En el fondo, Deuteroisaiás saca las consecuencias de lo dicho por Isaías y Jeremías. Lo importante para Dios no es David ni su descendencia, sino el pueblo. Y le mantiene su fidelidad.

En resumen, la época del destierro anuncia lo que ocurrirá en siglos posteriores. Encontramos personas que mantienen su fe radical en la promesa y personas que la consideran superada.

4° etapa: la restauración (538-515)

En principio, la vuelta del destierro no significa el triunfo de los partidarios de la esperanza. Son años malos, difíciles, en los que se sigue sometidos a un poder extranjero, esta vez el de los persas. Las cosas cambiarán en el año 520. Ageo y Zacarías esperan una restauración del reino de Judá en la persona de Zorobabel, descendiente de David. Este gobernador impuesto por los persas consiguió llevar a cabo, junto con el sumo sacerdote Josué, la reconstrucción del templo. Algo muy modesto en comparación con el de Salomón, pero que alentó muchas esperanzas.

En esta época, Zacarías propone una idea que ejercerá gran influjo en círculos posteriores: la división de dos poderes, político y sacerdotal (Zorobabel y Josué). Zacarías los llama «hijos del aceite», expresión equivalente a la de «ungidos». De aquí nacerá la idea posterior de los «dos ungidos» o los «dos mesías».

5° etapa: la época persa (hasta el 332)

Estos dos siglos constituyen el momento más misterioso de la historia de Israel. Sólo conocemos con cierto detalle la actividad de Esdras y Nehemías, en la segunda mitad del siglo V. Pero en estos momentos es cuando se llevó a cabo en gran parte la redacción definitiva de los libros proféticos y cuando se compuso la Historia Cronista.

Para el tema que nos interesa, esta época acentúa mucho el tema de la realeza de Dios. El pueblo no tiene un descendiente de David en el trono. Tampoco ha surgido ese nuevo David que se esperaba durante el exilio. Pero Dios es el rey de Israel, y eso basta. Así se comprende la tranquilidad con la que

numerosos textos proféticos silencian la promesa davídica en momentos que cabría esperarla, o que no hablan del rey humano en su esbozo de un futuro mejor.

La actitud ante David es ambigua. En Crónicas deja de ser el modelo ideal propuesto por el libro de los Reyes, para convertirse en un personaje especialmente relacionado con el culto. La comunidad postexílica no puede esperar de él su salvación, sino de una postura de confianza en Dios, de humildad y de fidelidad a la Ley del Señor. En el fondo, David es una reliquia del pasado, aunque su obra sigue viva a través de muchas instituciones culturales. Sin embargo, los redactores del libro de los Salmos otorgan mucha importancia a la figura de David y del monarca. En esta época se redactan los títulos, que lo presentan como modelo de piedad en los momentos más difíciles de la vida. Y la figura del «ungido», el recuerdo de los reyes antiguos, adquiere un papel preponderante en ciertas colecciones de Salmos.

Esto nos sitúa ante esos sectores que no olvidan la promesa de Natán. La encontramos claramente en el Salmo 132 y en Jr 33, que esperan la restauración de la dinastía. Junto a estos grupos puramente restauracionistas es posible que existiesen otros con esperanzas más grandiosas con respecto al rey futuro. La relectura de algunos textos proféticos y Salmos podía fomentar esta actitud.

6° etapa: la época griega hasta los Macabeos (332-164 a.C.)

Piensen algunos autores que la aparición de Alejandro Magno en Palestina supuso el despertar entre los judíos de la esperanza de tener un gran rey. Zac 9,9-1 sería el testimonio más claro de esta mentalidad. Un rey humilde, pero capaz de acabar con la guerra, dictar paz a las naciones e instaurar un reino más amplio aún que el de David.

Esta esperanza de un rey excepcional coincide con la interpretación que hacen los traductores griegos de muchos textos del Antiguo Testamento. En la traducción de Isaías, la «muchacha» de 7,14 se convierte en «virgen» para expresar las cualidades extraordinarias del niño que nacerá. En Am 4,13 también hemos detectado cómo una traducción errónea refleja, inconscientemente, la esperanza de un «mesías». No podemos detenernos en estudiar la interpretación mesiánica de los LXX, que nos llevaría muy lejos.

Sin embargo, la literatura apócrifa de estos siglos no demuestra interés por David ni por el rey futuro. En el Libro de los Vigilantes, el «vástago de justicia y de verdad» es el pueblo. En el libro III de los Oráculos Sibílicos se habla de un rey, pero será un monarca egipcio, siguiendo la línea propuesta por Deuterisafas para Ciro.

7° etapa: desde los Macabeos hasta la destrucción del templo (164 a.C. - 70 d.C.)

Todos los autores están de acuerdo en que la rebelión capitaneada por los Macabeos y el reino que instauran fue un gran revulsivo para las ideas mesiánicas. Pero encontramos posturas muy distintas. Los autores partidarios de los Macabeos desean dejarlos bien, pero no pueden aplicarles la antigua promesa davídica. A lo sumo pueden mencionar el poderío de Judá, como hacen el libro de los Jubileos y los Testamentos de los Doce Patriarcas.

En cambio, los enemigos de los Macabeos se aferran a la promesa de David para esperar un rey distinto. Así ocurre en el Salmo de Salomón 17 y en Qumrán. En el Salmo de Salomón, la figura del rey está perfectamente dibujada, aunque nos deja con muchos interrogantes (¿de dónde viene ese descendiente de David?, ¿cuánto durará su reinado?, ¿instaura un mundo definitivamente feliz?). En Qumrán, la imagen es mucho más modesta; en el fondo, sólo se habla de una restauración de la dinastía; algún texto afirma que el «mesías» tendrá descendientes en el trono.

Por otra parte, esta época es testigo de la proliferación de personajes salvíficos. El Antiguo Testamento daba pie a ello. Se podía esperar a un profeta excepcional, como Moisés; a un personaje que salvase a través del sufrimiento, como el Siervo de Yahvé; a un sacerdote fuera de lo común; a un

Elegido. Incluso se introduce la figura del Hijo del Hombre, probablemente de origen persa. Estos personajes no reciben automáticamente el título de «ungidos», pero sí en algunas ocasiones (el sumo sacerdote y los profetas en Qumrán) o se termina identificando al «ungido» con el «Hijo del Hombre» (Parábolas de Henoc).

En definitiva, cuando Jesús comienza su actividad, se puede decir que reina una confusión notable con respecto al tema. No cabe duda de que muchos esperaban un «salvador». Pero podía identificárselo con un rey, un profeta, o una figura trascendente. Incluso los que esperaban un «mesías regio», un monarca descendiente de David, lo concebían de forma muy distinta.

El Nuevo Testamento confirma esta idea. Lucas, en el evangelio de la infancia, expresa la pluralidad de esperanzas. Gabriel subraya ante María que Jesús será rey y heredará el trono de David. Zacarías se mueve en la órbita del Salmo de Salomón 17, esperando que la fuerza salvadora suscitada en la casa de David acabe con los enemigos y permita servir al Señor en santidad y justicia. Los ángeles, que son los únicos en usar el término «Mesías», lo presentan como «un salvador», pero que nace en suma pobreza, débil como un niño. Simeón lo ve como salvador, pero también como luz de las naciones y bandera discutida. Ana sólo piensa en la liberación de Jerusalén.

Lo mismo ocurre en el evangelio de Juan. Los personajes que en él hablan del Mesías manifiestan las posturas más distintas. La samaritana lo ve como maestro que explicará todo (4,25), y piensa que el Mesías tiene capacidad de adivinar su pasado (4,29). Entre el pueblo, unos opinan que nadie sabe de dónde vendrá (7,26), mientras otros aseguran que nacerá en Belén (7,42). Para otros, lo típico del Mesías es que hará señales y milagros (7,31). Incluso los discípulos le aplican el título como podían aplicarle cualquier otro: «Cordero de Dios» o «Rabí».

En el fondo, lo más extraño es que se aplique a Jesús el título de «Mesías». Cuando Pedro lo llama así en su famosa confesión, está pensando en Jesús como rey de Israel. Igual ocurre con Natanael, cuando le dice: «Maestro, tú eres el hijo de Dios, el rey de Israel». Ya hemos visto que el rey era «hijo de Dios». No debe extrañarnos que se use la expresión en este caso. Originariamente, tampoco iba más allá de proclamar la realeza de Jesús.

Y esto es lo extraño. Porque la actividad de Jesús dista mucho de lo que se esperaba del rey salvador. Por otra parte, el título de Mesías era muy pobre para designar la persona y la obra de Jesús. Entonces, ¿qué pudo motivar la aplicación a Jesús del título «Mesías»? Diría que la experiencia inicial de los discípulos. Al principio, ellos vieron en Jesús un libertador político, un rey descendiente de David. En esto podían estar influidos por la mentalidad farisea, reflejada en Salmo de Salomón 17. Arrastrados por esta idea lo siguieron. Más tarde, cuando vieron que este título no se adecuaba plenamente a la persona y la obra de Jesús, no lo desecharon, lo enriquecieron con otros títulos complementarios, como Hijo del Hombre, Siervo de Yahvé, Profeta, Sacerdote. En el Nuevo Testamento tuvo lugar la misma fusión de títulos que hemos constatado en el Libro de las Parábolas de Henoc a propósito de «mesías», «hijo- del hombre» y «elegido».

Además, el mismo título de «Mesías» fue enriquecido con aspectos inimaginables hasta entonces. El evangelio de Juan lo presenta como revelador, capaz de resucitar y de dar la vida, preexistente, eterno. El himno inicial de la Carta a los Efesios habla de un plan maravilloso de Dios: «Que el universo, lo celeste y lo terrestre, alcanzaran su unidad en el Mesías» (1,10). Estamos ya muy lejos de la promesa hecha a David. Si queremos, la promesa davídica nos ha traído hasta límites insospechados.

Si los cristianos profundizaron en el título y lo completaron, algo parecido ocurrió entre los judíos. Dos obras de finales del siglo I d.C, 4 Esdras y 2 Baruc nos ponen en contacto con nuevas especulaciones sobre el tema. Y la reflexión y la esperanza continuaron vivas, sobre todo en la Edad Media.

Pero hemos de terminar aquí. Ha sido un recorrido apasionante, confuso a veces, sujeto a muchas dudas. Los cristianos, al menos, tenemos la certeza de que la promesa antigua se ha cumplido: «Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, el Mesías y Señor» (Lc 2,11).

Hasta aquí las ideas de José Luis Sicre Díaz.

9.2 Vida de Jesús

Los escritores del Nuevo Testamento nos presentan a Jesús como el Mesías prometido al pueblo judío, como hombre y como Dios, como el salvador del mundo, como rey eterno, como el sustentador de todo, y muchas cosas más. Jesús es Dios hecho carne (encarnación) que con su vida, muerte y resurrección reconcilió al hombre con Dios y realizó un nuevo pacto.

Si queremos conocer la vida de Jesús nos tenemos que remitir a sus biógrafos oficiales (o inspirados), estos son los cuatro evangelios, en particular los sinópticos. Los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas tienen una presentación biográfica de la vida de Jesús, especialmente Mateo y Lucas organizan sus narraciones desde el nacimiento (o eventos previos) hasta su muerte y resurrección. Marcos no presta atención a los relatos de la infancia de Jesús sino que inicia en el bautismo. Por su parte Juan se centra en demostrar con los discursos y señales de Jesús de él es el Hijo de Dios y salvador del mundo.

No se debe olvidar que los evangelios fueron escritos mínimo 4 décadas después de la muerte de Jesús, cuando el evangelio llegó a las principales ciudades del imperio romano, y cuando los discípulos comprendieron que ciertamente Jesús es el Mesías prometido y asimilaron las enseñanzas de Jesús, por el poder del Espíritu Santo.

Antes de continuar debemos resolver las semejanzas y diferencias que existen en los evangelios sinópticos. Louis Barbieri ofrece una solución conservadora: “Primero, los evangelistas del primer siglo tuvieron un extenso conocimiento por experiencia, de gran parte del material que registraron. Mateo y Juan fueron discípulos de Jesús y pasaron con él bastante tiempo. El relato de Marcos pudo ser el registro de las reflexiones que hizo Pedro cerca del final de su vida. Lucas pudo haber conocido muchos datos a través de su relación con Pablo y otros. Todo esto bien pudo usarse en la composición de los evangelios. En segundo lugar, también debe considerarse la tradición oral. Por ejemplo, Hechos 20:35 refiere un dicho de Cristo que no registran los evangelios. En 1 Corintios 7:10 Pablo expresó un mandato del Señor cuando tal vez ninguno de los evangelios había sido escrito aún. Tercero, existieron documentos que relataban algunas de las historias acerca de Jesucristo. Lucas reconoció este hecho al iniciar su evangelio (Lc 1:1-4). Sin embargo, ninguno de los hechos o verdades anteriores proporciona la dinámica para escribir un relato de la vida de Jesús inspirado y libre de todo error. En cuarto lugar, debe considerarse un elemento más para ayudar a resolver el problema sinóptico, a saber, el dinámico ministerio del Espíritu Santo que inspiró a los evangelistas al registrar sus relatos. El Señor había prometido a los discípulos que el Consolador les enseñaría y recordaría todas las cosas que les había dicho (Jn 14:26). Esta dinámica del Espíritu Santo garantiza la exactitud de los escritos, sea porque el autor humano se valió del recuerdo de hechos pasados, de tradiciones orales que circulaban, o de otros relatos escritos que tuvo a su disposición. Cualquiera que haya sido la fuente, la dirección del Espíritu Santo garantizó un texto fidedigno. Conforme uno va entendiendo los diferentes relatos acerca del Señor, se aclaran las supuestas “dificultades” que presentan, porque hubo una supervisión divina sobre los evangelistas sin importar las fuentes que usaron”.

Jesús nació hacia el año 5 a.C. en un establo de Belén, en Judea, cuando esta provincia pertenecía al imperio romano. Sus padres fueron José y María. Según los evangelios Jesús fue

"concebido por obra y gracia del Espíritu Santo". Su infancia y juventud trascurrieron en Nazaret, en Galilea, ayudando a su padre José en la carpintería y estudiando las tradiciones judías de la época. En fechas festivas acompañaba a sus padres a Jerusalén, como ocurrió a los 12 años, cuando demostró su sapiencia ante los doctores del Templo.

Cuando tenía 30 años fue bautizado por Juan "el Bautista" en el río Jordán y se estableció en Cafarnaúm, donde empezó a "predicar la llegada del Reino de Dios". Recorrió muchos pueblos y ciudades enseñando sobre el Reino y las exigencias divinas. Realizó muchos milagros, especialmente sanaciones con las manos. Tuvo muchos seguidores, entre los que destacaron los llamados "doce Apóstoles".

Hacia el año 28 d.C., en Jerusalén, Jesús fue traicionado por su discípulo Judas Iscariote y capturado por orden del Sanedrín. El Sumo Sacerdote Caifás lo acusó de blasfemar contra la religión judía proclamándose como el "Mesías" o "Hijo de Dios". Fue entregado al gobernador romano Poncio Pilatos, quien por presión de los aristócratas judíos y la muchedumbre lo envió a la crucifixión.

Jesús fue llevado al monte Gólgota o Calvario, en las afueras de Jerusalén. Allí murió crucificado a la edad de 33 años. Luego resucitó a los tres días de su muerte y cuarenta días después ascendió al cielo para unirse a Dios Padre.

El evangelista Mateo se propone en su evangelio demostrar que Jesús es el Mesías, basándose en las profecías del Antiguo Testamento. Es por ello que vamos a tomar una pequeña muestra de esas profecías en aspectos que nos resultan más familiares, en los que se refieren a los grandes momentos de la vida de Jesús:

Jesús sabe que las profecías mesiánicas se refieren a Él

Al leer Isaías en la sinagoga de Nazaret, afirma: "Hoy se está cumpliendo ante vosotros esta escritura" (Lc. 4, 21). A los fariseos que rehúsan creer en Él, les dice: "Escudriñad las Escrituras ya que en ellas esperaréis tener la vida eterna; ellas testifican de mí" (Jn. 5, 39).

Descendiente de la tribu de Judá

Génesis 49:10 "El cetro no se apartará de Judá ni el bastón de mando de entre sus piernas, hasta que llegue aquel a quien le pertenece y a quien los pueblos deben obediencia".

Lucas 3:33 "Naasón, hijo de Aminadab; Aminadab, hijo de Admín; Admín, hijo de Arní; Arní, hijo de Esrom; Esrom, hijo de Fares; Fares, hijo de Judá".

Nacimiento en Belén

Miqueas 5:1 "Y tú, Belén Efratá, tan pequeña entre los clanes de Judá, de ti me nacerá el que debe gobernar a Israel: sus orígenes se remontan al pasado, a un tiempo inmemorial".

Mateo 2:1 "Cuando nació Jesús, en Belén de Judea, bajo el reinado de Herodes, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén".

Nacimiento de una virgen

Isaías 7:14 "Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llevará por nombre Emanuel."

Mateo 1:18 "El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo."

Matanza de los niños de Belén

Jeremías 31:15 “Así habla el Señor: ¡Escuchen! En Ramá se oyen lamentos, llantos de amargura: es Raquel que llora a sus hijos; ella no quiere ser consolada, porque ya no existen..”

Mateo 2:16 “Herodes entonces, cuando se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había inquirido de los magos”.

Huida a Egipto

Oseas 11:1 “Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo.”

Mateo 2:14 “José se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto.”

Predicación en Galilea y en las cercanías del río Jordán

Isaías 8:23 “En un primer tiempo, el Señor humilló al país de Zabulón y al país de Neftalí, pero en el futuro llenará de gloria la ruta del mar, el otro lado del Jordán, el distrito de los paganos

Isaías 9:1 “El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz: sobre los que habitaban en el país de la oscuridad ha brillado una luz.”

Mateo 4:12-16 “12. Cuando Jesús se enteró de que Juan había sido arrestado, se retiró a Galilea. 13. Y, dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaúm, a orillas del lago, en los confines de Zabulón y Neftalí, 14. para que se cumpliera lo que había sido anunciado por el profeta Isaías: 15. “¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, país de la Transjordania, Galilea de las naciones! 16. El pueblo que se hallaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en las oscuras regiones de la muerte, se levantó una luz”.

Desprecio del pueblo judío

Isaías 53:3 “Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada”.

Juan 1:11 “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”.

Entrada triunfal en Jerusalén sobre un pollino

Zacarías 9:9 “¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Grita de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene hacia ti; él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno, sobre la cría de un asna”.

Juan 12:13-14 “Tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel! Y halló Jesús un asnillo, y montó sobre él, como está escrito”.

Traicionado por uno de los suyos

Salmo 41:10 “Hasta mi amigo más íntimo, en quien yo confiaba, el que comió mi pan, se puso contra mí”.

Marcos 14:10 “Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo.”

Sería vendido por 30 piezas de plata

Zacarías 11:12 “Yo les dije: «Si les parece bien, págúenme mi salario; y si no, déjenlo». Ellos pesaron mi salario: treinta siclos de plata.”

Mateo 26:15 “Y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata.”

El precio sería devuelto

Zacarías 11:13 “Pero el Señor me dijo: « ¡Echa al Tesoro ese lindo precio en que he sido valuado por ellos!»). Yo tomé los treinta siclos de plata y los eché en el Tesoro de la Casa del Señor.”

Mateo 27:6-7 “Los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros”.

Durante su juicio se mantendría en silencio

Isaías 53:7 “Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca”.

Mateo 26:62-63 “Y levantándose el sumo sacerdote, le dijo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? Más Jesús callaba. Entonces el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios”.

Sufriría por los demás

Isaías 53:4-5 “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”.

Mateo 8:16-17 “Y como fue ya tarde, trajeron a él muchos endemoniados: y echó los demonios con la palabra, y sanó a todos los enfermos; Para que se cumpliese lo que fue dicho por el profeta Isaías, que dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias”.

Crucificado con malhechores

Isaías 53:12 “Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores”.

Mateo 27:38 “Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda.”

Sus manos y pies serían perforados

Salmo 22:16 “Porque perros me han rodeado; Me ha cercado cuadrilla de malignos; Horadaron mis manos y mis pies”.

Juan 20:27 “Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.”

Sería escarnecido y despreciado

Salmo 22:6-8 “Mas yo soy gusano, y no hombre; Oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. 7. Todos los que me ven me escarnecen; Estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: 8. Se encomendó al Señor; líbrele él; Sálvale, puesto que en él se complacía.”

Mateo 27:39-40 “Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, 40. y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.”

Le darían a beber vinagre

Salmo 69:21 “Me pusieron además hiel por comida, Y en mi sed me dieron a beber vinagre”.

Juan 19:29 “Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca”.

Su costado sería traspasado

Zacarías 12:10 “Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.”

Juan 19:34 “Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua”.

Sobre sus ropas echarían suertes

Salmo 22:18 “Repartieron entre sí mis vestidos, Y sobre mi ropa echaron suertes”.

Marcos 15:24 “Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno”.

Ninguno de sus huesos serían quebrados

Salmo 34:20 “El guarda todos sus huesos; Ni uno de ellos será quebrantado”.

Juan 19:33 “Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas”.

Sepultado en una tumba de ricos

Isaías 53:9 “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.”

Mateo 27:57-60 “Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús. Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo. Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, 60. y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue”.

Resucitaría después de su muerte

Salmo 16:10 “Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu santo vea corrupción”.

Mateo 28:9 “He aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron”.

Ascendería al cielo

Salmo 68:18 “Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, Tomaste dones para los hombres, Y también para los rebeldes, para que habite entre ellos Dios”.

Lucas 24:50-51 “Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo”.

9.3 Los primeros años de la iglesia

Los primeros años de la iglesia se registran en el libro de los Hechos de los apóstoles (que algunos prefieren llamar los Hechos del Espíritu Santo y lo consideran un libro inconcluso porque se sigue escribiendo la historia de la iglesia y el Espíritu Santo sigue obrando). El propósito de Lucas al escribir Hechos era mostrar el progreso del evangelio a través del ministerio del Cristo resucitado. Hechos es un relato de la continuación de la obra de Jesús a través del Espíritu Santo actuando por medio de la iglesia primitiva. Lucas siguió la expansión del evangelio desde sus comienzos en Jerusalén hasta el mismo centro del poder del Imperio, Roma. Lo describe como un eje que va desde Jerusalén hasta Roma. El registro de Lucas es selectivo, no comprehensivo. Omitió el relato del progreso del

evangelio en Egipto y Arabia, pero incluyó muchos resúmenes del avance del evangelio (cp. Hch 6:7; 9:31; 12:24; 16:5; 19:20; 28:30, 31), adjudicándolo al Espíritu Santo. (Thomas D. Lea).

Aquí se describen de manera superficial los distintos temas que adquieren prominencia en el libro de los Hechos (Ajith Fernando):

La prioridad de la evangelización. Desde el capítulo 1, en que se presenta la Gran Comisión (1:8), hasta el final del texto, la gran actividad que domina este libro es la evangelización. Cuando me acercaba al final de este comentario me di cuenta de algo que me parece especialmente interesante: los dos principales métodos que se utilizan para la evangelización en el libro de los Hechos consistían en llamar la atención por medio de los milagros y la apologética. Todos los mensajes narrados en el libro de los Hechos tenían un fuerte contenido apologético. Los evangelistas se esforzaban en mostrar que el cristianismo resistía las preguntas que se hacían las gentes, y el registro de los discursos indica que su evangelización tenía una firme orientación hacia el contenido.

El poder del Espíritu Santo. Muchos han pensado que al libro de los Hechos debería llamársele «los Hechos del Espíritu Santo». El primer capítulo consigna la promesa del Espíritu Santo (1:4–5, 8); el segundo, su descenso; y el resto del libro, su obra en y a través de la iglesia.

Vida en comunidad. El libro de los Hechos nos presenta a una vibrante comunidad apasionada con su misión, con unos miembros que se preocupan unos por otros, desean la santidad y tratan aquellas cuestiones que afectan a su unidad. En la descripción de la comunidad vemos también la característica preocupación de Lucas por los pobres (más pronunciada en su Evangelio).

Enseñanza. En el libro de los Hechos, la enseñanza no se presenta como algo que afecta solo a los cristianos, sino como parte del proceso evangelizador.

Oración. En catorce de los primeros quince capítulos de Hechos (excepto el capítulo 5) y en muchos de los capítulos posteriores se menciona la oración; tanto en Hechos como en el Evangelio de Lucas, la oración es un tema clave.

La ruptura de barreras humanas en Cristo. En consonancia con el orden geográfico presentado en la Gran Comisión (1:8), Lucas muestra que el evangelio se propaga desde Jerusalén a Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra. En este proceso, los gentiles experimentan la salvación; Lucas describe el modo en que la iglesia afrontó esta tarea de dar testimonio, así como otras diferencias sociales entre los cristianos, de modo que nos deja la fuerte impresión de que, en la iglesia primitiva, las barreras humanas fueron superadas y nos da las razones por las que esto sucedió.

El lugar del sufrimiento. Como sucede en buena parte del Nuevo Testamento, en Hechos hay mucha reflexión sobre el sufrimiento. En este libro, el sufrimiento al que la iglesia hubo de hacer frente se debe principalmente a la oposición contra el evangelio.

La soberanía de Dios. Relacionado con este énfasis en el sufrimiento está el tema subyacente de que Dios desarrolla sus soberanos propósitos aun a través del padecimiento. Este es el tema dominante del pasaje que describe la reacción de la iglesia a la primera experiencia de sufrimiento (4:23–31).

La reacción de los judíos al evangelio. Se concede una sorprendente cantidad de espacio a los esfuerzos de la iglesia por evangelizar a los judíos y a la persistencia de Pablo en esta tarea a pesar de las muchas decepciones que experimentó en ella. El libro de los Hechos comienza con la pregunta de los apóstoles a Jesús sobre la restauración del reino a Israel (1:6) y termina con una afirmación de que, por la dureza del corazón de los judíos, el evangelio va a ser llevado a los gentiles (28:25–28).

La posición legal del cristianismo. Lucas se esfuerza en dar la impresión de que las autoridades romanas no consideraban que el cristianismo fuera un movimiento peligroso o ilegal. Hechos contiene también ejemplos de la elocuente defensa de la fe de los cristianos ante el estado.